

- Michel HENRY. *Yo soy la verdad*. Ed. Sígueme, Salamanca, 2001, 315 pp.
- *Encarnación*. Ed. Sígueme, Salamanca, 2001, 345 pp.

Conocía desde hace tiempo a Michel Henry como fenomenólogo y especialista en Merleau-Ponty, pero no sabía que fuese creyente y confesante, y que —rara ave— supiese leer la fe con gran valor reflexivo y la reflexión con gran coraje pístico. Los dos libros que brevemente presentamos ahora (Ed. Sígueme, colección Hermeneia dirigida por Miguel García-Baró) son un «obsequio razonable». Tantos y tan ricos temas precisarían de un libro entero para comentarlos, así que bástenos reseñar algunas de sus afirmaciones principales, e invitar al lector a la lectura directa —no siempre tan fácil— de los mismos.

Cuando Dios crea al hombre a su imagen y semejanza, lo que pone fuera de sí ya no es un cuerpo material inerte y ciego, lo que genera en él es una carne. Dios ha tomado barro, pero ha insuflado en él el Soplo de la Vida que da la vida, la Vida que permanece en el cuerpo cósmico, no siendo en él propiedad suya, sino Principio de toda vida, el Espíritu común del Padre y del Hijo que habita y hace vivir toda carne, y sin el cual el cuerpo no sería ni siquiera un cadáver. Nuestra carne no es cuerpo opaco, que cada uno arrastraría consigo desde su nacimiento —ese cuerpo en el cual, durante toda su existencia, sin sorpresa pero con angustia espía cada particularidad y cada defecto, cada modificación y cada abatimiento, cada arruga que traza ineludiblemente sobre su rostro de hombre o de mujer los estigmas de su decrepitud y de su nuer-

te: nuestro cuerpo no es un objeto incapaz de sacar de sí, incapaz de asegurar él mismo su promoción al rango de fenómeno. Nuestra carne porta en sí el principio de su manifestación; en su misma carne, dada a sí en la Archi-pasibilidad de la Vida absoluta, ella revela aquello que la revela a sí, ella es en su pathos la Archi-revelación de la Vida, la parusía del Absoluto.

Pero hoy, como dice el Apocalipsis, muchos tratan de «dar vida a la estatua de la Bestia de modo que incluso pudiese hablar» (Ap. 13,15). Este es el prodigio que seducirá a los habitantes de la tierra, la obra de los falsos profetas y de los falsos mesías. Construirán máquinas extraordinarias que harán todo lo que hacen hombres y mujeres, con el fin de hacerles creer a estos hombres y mujeres que ellos son también sólo máquinas. Si la Verdad es la Vida, el prodigio es la simulación de la vida, y el mal allí donde la

simulación acontece: acontece en cabina erótica, cuando aquel que quiere abrazar una mujer, experimentar su vida allí donde esta vida se experimenta a sí misma, en su Sí viviente, no alcanza más que el vacío, la Ausencia pura, el mal radical: a nadie. En la cabina de simulación, pero también en cualquier parte donde el hombre y la mujer sean solo objeto, una cosa muerta, una red de neuronas, un haz de procesos naturales, allí donde quiera que, puesto en presencia de un hombre o una mujer, se halla en presencia de lo que, despojado del Sí trascendental que constituye su esencia, ya no es nada, sino muerte.

«En aquellos días, los hombres buscarán la muerte y no la encontrarán; desearán morir, pero la muerte huirá de ellos» (Ap 9,6). Los hombres rebajados, humillados, despreciados y despreciándose a sí mismos; encaminados desde la escuela a despreciarse, a tenerse por nada, por par-

tículas y moléculas: admirando todo lo que es menos que ellos, execrando todo lo que es más que ellos, todo lo digno de amor y de adoración. Los hombres reducidos a simulacros, ídolos que no sienten nada, autómatas. Y reemplazados por ellos —por ordenadores, por robots—. Los hombres arrojados de su trabajo y de su casa, empujados a los rincones y a los vanos, acurrucados en los bancos del metro, durmiendo en las cajas de cartón. Los hombres reemplazados por abstracciones, por entidades económicas, por los beneficios y el dinero. Los hombres tratados matemáticamente, informáticamente, estadísticamente, contados como bestias y contando mucho menos que ellas. Los hombres desviados de la Verdad de la Vida, arrojándose sobre todos los señuelos, los prodigios en los que esta vida es negada, escarnecida, imitada, simulada —ausente—. Los hombres abandonados a lo invisible, vueltos ellos mismos insensibles, con los ojos vacíos como los de un pez. Los hombres embrutecidos, consagrados a los espectros, a los espectáculos que exponen por todas partes su propia nulidad y decadencia; consagrados a los falsos saberes, reducidos a conchas vacías, a cabezas deshabitadas —a «cerebros»—. Los hombres cuyas emociones y amores no son sino secreciones glandulares. Los hombres que han sido liberados haciéndoles creer que su sexualidad es un proceso natural, en lugar de su Deseo infinito. Los hombres cuya responsabilidad y dignidad ya no tienen ningún sitio asignable. Los hombres que, en el envilecimiento general, envidiarán a los animales.

Los hombres querrán morir, pero la Vida no. Hoy



día, cuando por doquier crece y se extiende sobre el mundo la sombra de la muerte, no puede salvarnos un dios cualquiera, sino Aquel que es Viviente. Dado que la vida se da a sí en la Ipseidad original de un Primer Sí y solamente en ella, cada Sí está dado a sí mismo convirtiéndose en ese Sí que es, el Sí de todo yo y de todo ego concebible. Algo como un «hombre» únicamente es posible como ese Sí, como ese yo o ese ego.

¿Qué es un hombre que ya no es un yo, un hombre vaciado de su capacidad de experimentarse a sí mismo y, por tanto, de «vivir»? En el fondo eso equivale a preguntar: ¿qué es un hombre reducido a su aparición en la verdad del mundo? Un autómatas, un complejo de ordenadores, un robot; una apariencia externa de hombre privada de aquello que hace de él un hombre. Lo que hace de él un hombre: el Sí trascendental. No obstante, ningún Sí trascendental se trae a sí mismo a su condición propia. Todo Sí trascendental es hijo de esta vida. Remite a la generación del Primer Sí en la Ipseidad original en la que la Vida se autogenera a sí misma. Aquel que niega, no ya la existencia del hombre, sino su posibilidad misma, aquel que acomete el proceso de la eliminación principal y a priori del hombre —eliminación que precede y conlleva la eliminación efectiva y radical de todos los hombres—, es aquel que niega a Cristo: el Anti-Cristo.

Leyendo las páginas de estos libros de Michel Henry, nos damos cuenta de muchas cosas que han de tenerse en cuenta.

*Carlos Díaz*

- José MANZANA. *Obras Completas*. Editores José María Aguirre y Xabier Insausti. Diputación Foral de Álava, Vitoria, 1999, 767 y 802 pp.

José Manzana Martínez de Marañón (1928-1978), de quien felizmente se han edi-

tado sus obras completas en dos volúmenes —espléndida edición—, es uno de los personalistas españoles más injustamente desconocidos. Cuando apenas nadie en España, Manzana se nutría del personalismo y de la filosofía contemporánea. Ordenado sacerdote en 1952, doctorado más tarde en filosofía por la Universidad de Munich bajo la dirección de R. Lauth sobre Fichte, parte de cuyas obras completas editó con Lauth en Alemania, fue profesor de filosofía en el Seminario diocesano y luego en la Facultad de teología del Norte de España (Vitoria), hasta que cesó a petición propia en 1976. En 1978, cuando ascendía con un grupo de amigos al Pic du Midi pirenaico, un resbalón en la nieve acabó tempranamente con su vida.

Quienes le conocieron destacan estos rasgos de su personalidad: su afición a toda clase de aparatos y chismes, usados por él más como juguetes que como instrumentos de trabajo; sus pequeñas pero innumerables trastadas con que hacía rabiar a los sesudos intelectuales; su concepto poco claro del valor del dinero; su pasión por jugar con los niños, obsequiándoles con sus dotes innatas de payaso; su incapacidad para comprender el mal en el mundo, poniendo extremo cuidado en no causar a nadie el más mínimo daño, trastorno o disgusto; su permanente disponibilidad, que le convertía en un superdotado para la amistad, siendo su ternura y delicadeza proverbiales; su amor por la naturaleza y la montaña, con la última ilusión de vivir en una casita de campo entregado a los trabajos y a los goces sencillos del campesinado, en contacto con la naturaleza, prestando desde allí atención personalizada a sus alumnos, su seriedad para con lo que religa en profundidad y salva.

Según Manzana vivimos afirmados por Dios, y buscar el sentido fuera del Sen-

tido sería ingenuo, pues la religión es la afirmación del Absoluto-Dios presencializado en la afirmación absoluta del otro, o la afirmación absoluta del hombre a la luz de Dios. Todo diálogo será afirmación de Dios y afirmación del hombre, fin en sí mismo pero no el final de sí mismo. El Absoluto trascendente-inmanente y ganado-regalado por el diálogo se presenta con el rostro del otro. Con tempranísimo acento lévinasiano, escribe: «El otro, en cuanto está despojado de todas las «cosas» mundanas: su presencia como tú está en proporción directa con este desposeimiento en la fragilidad de la desnudez de su rostro y de su mirada. En el ámbito de la experiencia cotidiana alcanzamos la certeza de que en verdad afirmamos y amamos a una persona en cuanto tú, si continuamos afirmándola y amándola cuando ha perdido todo cuanto «poseía». La indignancia y fragilidad del otro, en cuanto tú, es sin embargo la máxima fuerza que nos sale al encuentro en el mundo. La mirada y el rostro desnudo del otro es apelación y exigencia más fuerte que el mundo y el ser.

El ser mundano está perspectivamente esbozado, centralizado y poseído-dominado por el yo. La presencia del otro destruye, sin embargo, la autosuficiencia del yo, le desbanca ópticamente como centralizador del mundo en torno a sí y le «desjustifica» moralmente haciéndole «avergonzarse» de sí mismo como poseedor exclusivo del mundo.

La subjetividad puede, en principio, «dar cuenta» y apropiarse de todo objeto mundano y de toda cosa. El rostro del otro escapa, en principio, a toda posible apropiación. Frente a todo mi salvajismo de dominador, el otro nunca puede ser uno de los objetos de mi mundo, ni uno de los bienes que poseo. La lucha con el poderoso de este mundo (la guerra) no me pone en

cuestión, más bien incrementa la positividad y autosuficiencia de mi subjetividad. El rostro indigente que me interpela y sólo puede contraponerme la fragilidad de su mirada, que me dice «no matarás», es para el salvajismo de mi yo resistencia insuperable y derrota definitiva. Frente a esta mirada sólo me es posible aceptarla y afirmarla, o apartarme de ella. En el primer caso, la mirada del otro me «convence», y en este «con-venimiento» me «con-venzo» y realizo como humano.

La presencia del otro, en su resistencia moral a mi subjetividad dominadora, es experiencia de lo «transmundano». En ella me sale al encuentro lo «ab-soluto» superior al ser y posibilitador, en la obediencia moral, de mi existencia humana. La sentencia bíblica de la presencia privilegiada de Dios en el desposeído del mundo (en el hambriento, sediento, enfermo, encarcelado y pobre) y la cualidad de visión concedida a este «encuentro» es, desde esta perspectiva, un dato fenomenológicamente verificable de la existencia humana».

Textos como el anterior no son infrecuentes en Manzana, según el cual quien sabe hacer presente el rostro del otro en el propio sabe: a) de la presencialización de Dios en la autorrealización de la existencia auténticamente humana; b) sabe de la dimensión moral de la existencia humana interpersonal; c) sabe de la afirmación interpersonal como principio de toda moralidad; d) sabe de la afirmación de lo absoluto en la afirmación moral interpersonal; e) sabe de la aprehensión del Absoluto-Dios; y f) sabe del humanismo abierto a lo Absoluto-Dios. En el terreno de la identidad cristiana, quien a su vez sabe todo eso sabe también de la recíproca implicación religión-cultura y afirma cristocéntricamente la verdad del ser humano.

*Carlos Díaz*